

rasgos distintivos de los grandes maestros de la verdad, á quienes vamos estudiando, y las miserias que caracterizan á los propagadores del error en todos tiempos, ¿no hay un abismo? Pues bien; ese abismo que los separa en su conducta, los separa mas aun en los medios que proponen para realizar esa aspiracion intuitiva que todos sentimos hácia un bien que no disfrutamos, hácia una felicidad que nos falta, hácia un límite que concibe nuestro espíritu, pero que mas se aleja de nosotros en esta vida, cuanto mas próximo nos parece estar.

Interesa mucho en la época en que vivimos combatir ese indiferentismo funesto y contagioso, merced al cual se difunden sin correctivo los mayores errores, las teorías mas absurdas y disolventes, y hasta consiguen pasar por defensores y depositarios de la verdad, los que á todas horas hacen de ella escarnio público y mofa vergonzosa. Algunos oradores que hoy prefieren la multitud, que aplaude con mas frenesí, no combaten sus preocupaciones, sino que las halagan por su interés; no enjugan su llanto, sino que convierten sus gemidos en exclamaciones de rabia y de furor; no rompen las cadenas que oprimen al pueblo, sino que aumentan sus eslabones para que les sean mas pesadas é insoportables; no alivian sus dolores, sino que los acrecientan, robando á los corazones toda esperanza y á las almas toda fé; escitan rivalidades funestas entre las clases de la sociedad; hablan de desniveles injustos y nivelaciones imposibles; alejan al pobre del rico, en vez de unirlos por el lazo de una confraternidad cristiana, que hace de la humildad una virtud y de la pobreza un título para conseguir la amistad de Dios; quieren que el pueblo no sufra, no trabaje, no sea esclavo, que todos seamos iguales; y para conseguirlo, sobrelevantan su espíritu, alejan al hombre, primero del Santuario, del seno de su fami-

lia despues; y cuando le han aislado de esta manera, le ofrecen pan negro en cambio de un arma mortífera que debe esgrimir sin cobardía, contra los que alimentan sus hijos mientras ellos los han abandonado.

Contemplad ahora; contemplad á esos varones ilustres que nos presenta la Religion; leed de nuevo los pasajes que de los discursos del Crisóstomo acabamos de trascribir, y decidnos si se parecen en nada á los que oís con tanta frecuencia y con tanto calor aplaudís. Lleno de virtudes, de merecimientos, de saber, de prestigio y de estimacion, San Juan Crisóstomo huye al desierto para alejar de sí el premio de sus trabajos; cuando es elevado al sacerdocio tiembla ante el Santuario, y pide al obispo, su maestro, que confie á otro el encargo de enseñar á los fieles la doctrina del Redentor; obispo ya, acepta sin reserva la gran mision que el cielo le ha confiado, y se muestra fuerte, intrépido, valeroso; se multiplica, acude á todas partes, nada amengua su heroísmo, su abnegacion y su cariño hácia sus hijos de Alejandría y Constantinopla; les defiende contra todos sus enemigos, sacrifica en su obsequio su bienestar, desprecia su salud y marcha sonriendo al destierro, siempre humilde, siempre pobre, siempre virtuoso: esta es su conducta. ¿Ignorais acaso el fruto, las consecuencias de su doctrina? Si Jesucristo no hubiese hablado á los hombres, revestido de carne mortal para no poder ser nunca negado, ni contradicho, dentro del testimonio y el criterio de las cosas que son; si los Apóstoles, si los Apologistas no hubiesen difundido la luz y trasmitido en páginas sublimes los preceptos y las enseñanzas de la eterna sabiduría y la eterna verdad; si los Santos Padres, en fin, y los ministros del Evangelio, no hubiesen trabajado con tanta constancia, con tanto

acierto, la esclavitud intelectual, la esclavitud moral y la esclavitud material, ¿habrían desaparecido para no volver jamás?

Elegid ahora entre los que han devuelto al hombre su propia dignidad, el uso de sus legítimos derechos, las conquistas que tanto nos envanecen; y los que se empeñan en que la humanidad retroceda á los tiempos ominosos de la ignorancia y la barbárie: decidid quiénes tienen mas derecho para merecer vuestra atención y vuestro respeto; si los que durante diez y nueve siglos vienen elaborando el edificio de la perfectibilidad humana, ó los que quieren destruirlo en un solo día, y para ello eligen, no el lenguaje de la persuasión, sino la piqueta de la revolución; de ese fantasma amenazador que nos asedia cada vez mas de cerca en nuestra pátria, aquí donde no debió sernos temible por la índole de nuestras costumbres, de nuestro carácter, y mas que todo por la unidad de nuestras creencias religiosas, valla insuperable contra la anarquía, y prenda segura de una paz duradera y fecunda en resultados positivos en bien de los pueblos.

Antes de dar por terminado el exámen de los trabajos oratorios de San Juan Crisóstomo, nos ha parecido oportuno transcribir íntegra una de sus mas brillantes peroraciones, á fin de que los jóvenes puedan por sí mismos completar el juicio que nos ha merecido este insigne doctor y Padre de la Iglesia griega, cumpliendo así la oferta que hicimos en el prólogo de este libro.

Una de las ocasiones en que el celo de San Juan Crisóstomo, la independencia y la energía de su carácter, la virilidad de su espíritu y la rectitud de su conciencia se revelan mas ostensiblemente, es en el discurso que en defensa del favorito del

emperador Arcadio pronunció en su Iglesia de Constantinopla en un momento solemne.

Eutropio acababa de descender de las últimas gradas del trono; su sentencia de muerte estaba firmada; sus amigos le habian abandonado, y sus verdugos le perseguian para cumplir las severas órdenes de Eudoxia, interesada vivamente en la pérdida del eunuco de su marido.

Un instante no mas, y Eutropio hubiera caído en poder de sus perseguidores..... El templo de los cristianos, el lugar del recogimiento y la oración estaba abierto; se celebraban en él los divinos Oficios, y un hombre, desconocido para la multitud, pálido, desencajado, penetra hasta el Santuario y se cobija bajo las gradas del altar: Juan Crisóstomo reconoce al favorito del emperador, en aquel, al parecer humilde siervo de Dios; y en el instante se impone á sí mismo el deber de defenderle, para dar al mundo una gran lección. Oigamos las palabras sublimes que pronuncia, y admiremos una vez mas esa doctrina, la única capaz de inspirar frases tan sublimes de olvido y de perdón:

DISCURSO EN FAVOR DE EUTROPIO.

Si alguna vez he debido esclamar: *Vanidad de vanidades y todo vanidad*, nunca como en la ocasión presente..... ¿Dónde está el antiguo esplendor de las mas altas dignidades? ¿En qué han venido á parar tantos honores y distinciones? ¿En qué los aplausos, las danzas y los banquetes? ¿Dónde están las coronas y los brocados? ¿Dónde la alegría de la ciudad, las aclamaciones del circo y las lisonjas de los espectadores? Una sola ráfaga de viento ha bastado para separar las hojas del árbol, para quebrantar sus raíces y derribarlo en tierra.... ¿Dónde se fueron? ¿Dónde están ahora los favoritos y los amigos del poderoso? ¿Dónde sus viles aduladores? ¿Dónde aquel enjambre de

parásitos? Todo ha desaparecido como un sueño, como una flor, como una sombra. No puedo, no quiero dejar de repetiros estas palabras del Espíritu Santo: *Vanidad de vanidades y todo vanidad*. Esta sublime sentencia debiera estar grabada con caracteres indestructibles, con caracteres de oro en todas las plazas públicas, en las puertas de las casas, en las habitaciones; pero principalmente en nuestros corazones, siendo objeto constante de nuestra meditacion y estudio.

¿Tenia razon, dice el santo dirigiéndose á Eutropio, tenia razon cuando te hacia ver la inconstancia y la inutilidad de las riquezas? ¿Comprendes ahora por esperiencia propia, conoces ahora que el oro es esclavo fugitivo, que no solo abandona á su señor, sino que es la causa, el origen de sus mayores desastres? ¿Has olvidado ya mis antiguas palabras? Por ventura, ¿no te dije mil veces, á pesar de tu desden é injusticia para conmigo, que jamás te he disfrazado la verdad, que yo era tu mas sincero amigo? «Las heridas del que ama, te dije muchas veces, valen mas que los besos engañosos del que aborrece.» Dime ahora si para hablarte así tenia razon. Los que en la plaza hacian retirar al pueblo para abrirte paso, huyeron, renegaron de tu amistad, y ahora buscan la seguridad en el olvido de tu persona. No somos así nosotros: nosotros hemos sufrido tus injusticias cuando estabas en la cumbre del favor, y hoy, en el momento de tu caída, empleamos en tu defensa todo nuestro poder. La Iglesia, á quien hiciste una guerra tenaz y encarnizada, te abre sus brazos para recibirte; mientras los teatros, objeto de tus mayores atenciones, á quienes prodigaste tus tesoros y en medio de los cuales te vanagloriabas de ser nuestro enemigo, te hicieron traicion y te arruinaron. No te preguntábamos muchas veces ¿por qué nos persigues? Recuerda, recuerda ahora cuál solia ser tu contestacion.

No hablo de esta manera para insultar al caido, sino para fortalecer á los que están en pié; no intento hacer mayores las cicatrices del herido, sino conservar la salud á los que no han recibido todavía golpe alguno; no deseo acabar de sumergir al

que lucha con las olas, sino dar la voz de alerta á los que tranquilos navegan con viento favorable, y suelen fiar demasiado en la suavidad de los vientos. Aquellos á quienes todo sonríe, que contemplan lo que son las grandezas de este mundo, meditando en el ejemplo que tienen ante sus ojos. El que mirais, no desconfió nunca de la prosperidad y las riquezas; ahora, estad seguros que reconoce su error y llora sus extravíos. Vosotros, cualquiera que seais, los que en el oro teneis puesto el corazon y la esperanza, aprovechad esta leccion inesperada, y aprended á conoceros mejor. Nada existe en la naturaleza mas frágil y perecedero que la riqueza.

Humo vano, yerba del campo, delirio de enfermo, flor de un momento; estas y otras comparaciones aun mas humildes son pálidas para espresar lo que es aun peor que la nada: la nada no deja tras sí temores, remordimientos, pesares, al paso que las riquezas abren abismos de dolor en el corazon de los hombres. Teneis una prueba indestructible ante vuestros ojos: ¿quién llegó á mas alto puesto? Ninguno en todo el imperio le igualaba en riquezas, en dignidades y honores; recibia cuantos homenajes inspira la lisonja ó fuerza el miedo; vedle ahora condenado al último extremo del pesar y de la humillacion; miradle reducido á la condicion del mas miserable de los esclavos, del mas infimo suplicante, del mendigo cuya mano solicita una limosna. Sobre su cabeza han estado suspendidos, y ante sus ojos brillan aun los aceros homicidas; á cada instante espera el último suplicio, y mide aterrado desde ese sitio el camino que conduce al cadalso. A los placeres que le proporcionaba su antigua opulencia, han sucedido los remordimientos que le atormentan. ¡Infeliz! Ni siquiera goza del beneficio de la luz que Dios prodiga á todos, pues las lágrimas enturbian su vista envolviéndole en una oscura noche: el miedo le encadena al pié de nuestros altares, y gime como si estuviese encerrado en una espantosa prision. Pero en vano me esfuerzo para hallar palabras capaces de espresar la horrorosa y cruel agonía que le aqueja. ¿A qué conduciria, por otra parte, recargar mas las

tintas del cuadro, cuando todos somos testigos de su inmenso infortunio?

Todos vosotros presenciásteis ayer la escena que tuvo lugar en el templo: le visteis correr presuroso por los vasos sagrados, tiritando de miedo, la vista estraviada, el semblante demudado, pronunciando en voz débil palabras confusas, frases incoherentes, sollozando y próximo á morir. Yo le respeto, yo le defiendo aun; no es para insultarle para lo que os dirijo estas palabras, sino para atenuar sus males é inspiraros sentimientos de clemencia y de perdon ante su vista.

Cuanto mas grande es su desgracia, mas debe escitar nuestra compasion: calmad, calmad vuestra cólera, hijos míos; moved á piedad á esos duros corazones que hace un instante nos han censurado, que nos censuran aun, porque ignoran el motivo de haber convertido esta iglesia en asilo de la desgracia. Ese hombre fué nuestro mayor enemigo, nos dicen; y en esto fundamos precisamente el móvil de nuestra conducta. Las leyes que ha dictado contra nosotros son su mayor castigo; ellas redundan en gloria del Dios á quien ultrajaban, toda vez que el mismo que las habia dictado las ha roto con su conducta, y se postra hoy ante ese altar, pidiendo clemencia al Señor que tanto desconocia y despreciaba.

Glorifiquemos, glorifiquemos al Dios verdadero, que ha triunfado de su enemigo mas tenaz y encarnizado, hasta el punto de reducirle á no hallar salvacion sino en el poder y la clemencia de la Iglesia; de la Iglesia que, á pesar de haber sufrido tanto por sus crueles persecuciones, se complace hoy en cubrirle con sus alas, en cobijarle en su seno, en protegerle contra la violencia, y en abrirle sus maternales brazos, en vez de vengarse de sus injusticias. ¿Puede darse victoria mas cumplida, triunfo mas completo para la Iglesia, que ofrecer á los judíos y á los gentiles un testimonio de su dulzura en ese perdon que ayer solicitó, que hoy solicita de nuevo, para el que todos abandonan y contra el cual todo se conjura para oprimirle? Estended sobre él, hijos míos, el manto de la caridad

mas afectuosa, interponed vuestros ruegos, vuestras lágrimas, entre el irritado monarca y el furor del pueblo, sediento de su sangre: ¿no será este el mas magnífico ornamento de nuestros sagrados altares?

¡Y qué! me direis: un hombre, manchado con tantos delitos, un ladron público, un reo de tantas exacciones, ¿habrá de introducirse impugnemente en el santuario? Sus protestas, sus gemidos, sus oraciones, en fin, ¿habrán de considerarse como una conquista, como un triunfo para la Iglesia?

Calma, hermanos míos: habeis olvidado que una gran pecadora tuvo asidos los piés de Jesucristo, y que lejos de censurar por ello á nuestro divino Salvador, encontrar debemos en su conducta un medio de conocer cuán inmensa fué su bondad. Ningun temor debia inspirar á la pureza divina el que se le aproximase una mujer impura; y esta misma mujer, manchada con tantos delitos, fué santificada por su comunicacion con el Dios-Hombre, fuente de toda virtud, de toda pureza y sincero arrepentimiento.

Cuidad de que ese celo aparente no sea mas bien efecto de un oculto deseo de venganza; acordaos de que sois discípulos de aquel Dios que decia á su Padre cuando estaba clavado en la cruz: *Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* El que era vuestro enemigo antes de ahora, sirviendo de espectáculo á toda la tierra en este momento, y á pesar de permanecer mudo y silencioso, os grita: «No imiteis mi conducta, si deseais alejar de vosotros una desgracia como la que ahora me abrumba.» ¡Qué elocuente leccion recibe el pueblo cristiano á la vista de tan inmensa calamidad! ¡qué luz viva resplandece en el seno de aquellos altares! ¡qué tremendos y magestuosos se presentan desde que tienen encadenado al que deseaba su destruccion! Del mismo modo, lo que mas enaltece la imágen de un príncipe, no es el verle sentado en su trono, con el traje de púrpura y la diadema real, sino el contemplar á los bárbaros postrados á sus piés, llevando las manos atadas á la espalda y la frente triste é inclinada al suelo.

Vosotros mismos, con vuestra solicitud en agolparos alrededor de estos altares, confirmáis mejor que todos los raciocinios, cuáles son los derechos de nuestro santuario. Ni aun la solemnidad de la Pascua hubiera reunido mayor número de personas; el golpe que le ha herido y casi aniquilado, ha resonado con mas estrépito que el sonido del metal cuando nos llama á la celebracion de los misterios. Hombres, mujeres, y hasta las vírgenes mas retiradas, todos han abandonado la plaza pública y sus quehaceres, todos habeis acudido á esta iglesia para contemplar tan memorable ejemplo de la debilidad humana confundida, de la fragilidad de las cosas terrestres sin velo alguno, de esa prosperidad, ayer tan luminosa y hoy sin máscara alguna, devuelta por la desventura á su natural deformidad y al mas deplorable envilecimiento. ¡Qué leccion para los ricos testigos de tan estraña trasformacion! Al ver precipitada de la cumbre de la opulencia á una persona que poco antes hacia temblar á todo el mundo con un solo movimiento de su cabeza, al mirarlo ahora humillado, trémulo, atado, encadenado á esa columna por el temor que ha embotado sus sentidos, y que deponiendo todo su orgullo medita sériamente en la nada de las cosas humanas; al contemplar, repito, semejante espectáculo, reconocerán la verdad de las palabras del Profeta: «Toda carne es solo yerba, y toda su gloria es como flor de los campos. La yerba se seca, la flor se cae siempre que el soplo del Señor la hiere.» Tambien el pobre hallará aqui una gran leccion, y fortalecido con este elocuente testimonio de lo que son las vanidades de la tierra, no llorará tan amargamente su situacion y agradecerá á la Providencia que le háya concedido de presente un puesto tranquilo, un asilo seguro, una ciudadela incontrastable contra los golpes de la fortuna; no vacilo en añadir, que si se le dejare la eleccion, se resignaria á su actual estado, antes que poseer por un solo momento todos los bienes de este mundo, para devolverlos por medio de una catástrofe tan espantosa. Todos, pues, asi los ricos como los pobres, tanto los grandes como los pequeños, no menos los hombres libres

que los esclavos, tienen en este ejemplo mucho de qué aprovecharse. No hay uno solo que no pueda hallar en él un remedio saludable para las distintas enfermedades que le afligen.

¿Habré logrado conmover vuestros corazones y aplacar vuestra ira? La indignacion de que estábais poseidos, ¿habrá dado lugar á mas humanos sentimientos?

Sí, sí; yo asi lo creo, así lo espero: la piedad ha penetrado en vuestras almas, y las lágrimas que veo brillar en vuestros ojos son el mayor testimonio que podia apetecer. Ya que os habeis mostrado compasivos y generosos, hagamos juntos una obra de misericordia; vamos á postrarnos á los piés de Dios, para que se digne aplacar su justa indignacion. Desde el dia en que el infeliz que veis buscó un refugio en este templo, se ha verificado un gran cambio. Los soldados se habian reunido tumultuosamente en el palacio imperial, y pedian con gran empeño la cabeza del culpable; el emperador, sabiendo el sitio que habia elegido por asilo, les manifestó con enérgicas palabras que no debian atender tanto á las culpas que pudieran reprendérsele, como al escaso bien que les habia hecho. En vano les decia que sus buenas acciones eran un título para merecer alguna indulgencia; que siendo sus culpas efecto de la debilidad humana, podian alcanzar perdon; ellos no daban oido á ninguna advertencia, y contestaban que era preciso vengar la causa de la magestad imperial. Los gritos crecian, agitábase las espadas, se pedia obstinadamente la sangre del opresor, todo se hallaba ya dispuesto para verterla; y únicamente invocando en su favor y con lágrimas, el derecho sagrado del asilo, que el reo habia venido á buscar al pié de nuestros altares, logró el emperador contener los deseos y calmar la impaciencia de sus soldados.

No nos queda, pues, sino imitar tan generosa conducta; cuando él, aunque ultrajado, perdona y olvida las injurias que se le han inferido, ¿habrá escusa para nosotros? Y no habiendo sido atacados directamente, ¿alimentaremos un implacable resentimiento? ¿Acaso vendriais con el corazón irritado á tomar